



*Señor Presb:
Vicente de P. Andrade
México.
Por el apreciable conducto del Sr. Sr. Emilio C. Morales*

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

C. LIC. NICOLÁS MELÉNDEZ,

EN EL PASEO "HIDALGO,"

EL

5 DE MAYO DE 1885,

EN REPRESENTACION DEL PATRIÓTICO AYUNTA-
MIENTO DE ESTA CIUDAD.

PUEBLA.

IMPRESA DE JOSÉ MARÍA OSORIO.

1885.



Conciudadanos:

HAY en el corazón del hombre un sentimiento grande, noble y generoso, que no se puede explicar, como no se explica el sentimiento de lo bello, el sentimiento de lo bueno, la percepción de la verdad.

¿Por qué nos llenamos de un santo recogimiento al contemplar la inmensa bóveda celeste, la tierra que habitamos, y el espacio infinito que nos rodea? ¿Por qué nos acercamos trémulos de respeto y embriagados de un amor purísimo á besar la blanca cabellera de la anciana madre? ¿Por qué se inflama nuestra alma y se acelera nuestro aliento bajo la mirada dulcísima de la mujer á quien amamos? ¿Por qué palpita el corazón y se levanta alta nuestra frente al narrar los esforzados hechos de aquellos de nuestros antepasados que sucumbieron por defender la libertad del hermoso suelo que los vio nacer? ¿Por qué? Porque el espíritu siente lo bello, porque el espíritu siente lo grande, porque la vida del alma son el amor, la verdad y la gloria; y el amor á la Patria es el relicario de brillantes que guarda en su seno el amor al Dios de nuestros antepasados, el amor santo á nuestros padres, el amor purísimo á la mujer amada, el amor á nuestros hermanos, á la gloria de nuestra raza, á la gloria de nuestro nombre.

Si no sentís ese amor, alejaos de aquí, no podeis sentaros á la mesa en el Festin nacional, en ese festin en que el ciudadano se regocija con el regocijo del ciudadano, en que el amor á la Patria hace del corazón de todos los mexicanos un solo corazón, para no tener mas que un solo sentimiento: la gloria de México.

Si no sentís ese amor, si esa gloria no os embriaga, alejaos, alejaos de aquí; porque quien no ama á su Patria, quien no goza con los triunfos de su nombre, quien no sufre cuando ella sufre, ni se enorgullece cuando ella triunfa, no merece la sociedad de los hombres honrados; merece vivir como las tribus errantes, sin suelo y sin hogar, y morir olvidado de la memoria de los hombres. Vosotros, los que sentís el amor á la Patria, vosotros los que al contemplar las glorias nacionales temblais de emocion, vosotros los que al pensar en la Patria os sentís capaces de darle vuestra vida, venid, venid á escucharme, no porque mi voz sea elocuente, sino porque vengo á recordaros una de las glorias nacionales, porque vengo á hablaros de ese día en que todos los pueblos asistieron á las nupcias divinas de la justicia y el destino, y en que México se alzó en medio de las naciones, circundada de gloria, majestuosa é imponente, del 5 de Mayo de 1862.

El acontecimiento, Señores, que en estos momentos celebra toda la República, no es simplemente la conmemoración de un hecho de armas. ¿Seríamos acaso tan orgullosos que celebráramos este día, presentándonos á la faz del mundo como más disciplinados en el arte de la guerra que los soldados de Magenta, que los vencedores de Jena y Austerlitz? ¿Estamos tan indigentes de gloria, que invoquemos como título de inmortal renombre un capricho de la fortuna en las filas del ejército

francés, al asaltar los cerros de Loreto y Guadalupe? ¿Cifrarémos nuestra gloria en encontrar hazañas guerreras en los hijos de México, cuando desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, la patria de Quauhtimoc ha sido fecunda en héroes? No, Señores; la conmemoración de este día, envuelve una idea más grandiosa: no es la ridícula pedantería de un necio patriotismo, ni el vano alarde de la fuerza bruta: es el aniversario de un triunfo de la Democracia sobre el despotismo de los Césares, un triunfo del sacrosanto derecho de los pueblos sobre los sostenedores del Derecho divino, una reivindicación de la justicia ultrajada por la desenfrenada ambición de los reyes del Viejo Continente; y por eso es que México se regocija en este día, que la República se viste de gala y que los manes de Washington y de Bolívar, de Hidalgo y de Juárez, desde el trono de luz en que residen, nos asisten con su presencia, envolviéndonos con el manto de gloria que los cubre.

México, presa del vértigo de las pasiones políticas, y consumida por la hidra formidable de la guerra civil, se levantaba majestuosa de los abismos del rencor fratricida, caminando hácia el progreso y la democracia sobre los escombros de las antiguas tradiciones, como el viajero en medio del desierto marcha al oasis entre el rugido del simoun, como la luna viajera de otros mundos marcha á su ocaso sobre las tempestades que se desencadenan en la atmósfera.

La revolución de Ayutla, hija primogénita de aquella que cerró con broche de diamantes el siglo XVIII, de aquella que hundió para siempre en el polvo del olvido la monarquía absoluta, el feudalismo y la teocracia, había derribado con su hacha de oro el monopolio

y los privilegios; había consagrado la personalidad humana aboliendo el fuero; sacó el gobierno del seno mismo de la sociedad; abrió al pueblo las puertas de los comicios; santificó la conciencia con la libertad, el juicio con el jurado; rompió las ligaduras del pensamiento y dejó á su arbitrio los horizontes de lo infinito; emancipó la industria; aumentó la vitalidad del trabajo con la asociación voluntaria; dió á todos los hombres medios de manifestar libremente su espíritu, de seguir libremente su vocación; restauró la perdida moralidad pública con instituciones poderosas y justas; y desde las primeras hasta las últimas esferas de la vida, infundió la santa redención de la idea, que habian elaborado tres siglos de grandes y sangrientas revoluciones. /Como en las grandes catástrofes de un incendio, de un lado brota la llama que alumbraba, devora y purifica, y de otro nace el humo que oscurece, ensucia y lastima; así de aquella revolución tremenda brotó de un lado el Código de 57, que era como el sol que debía alumbrar á la Nación en su futura marcha hácia el progreso, y del otro, la idea de la Monarquía que quería hacernos retrogradar á los dias funestos del despotismo.

El partido que se llamó del retroceso, vencido en el campo de batalla, no quiso serlo en el de la idea. Olvidándose de que la sociedad vive produciendo y devorando sistemas, como vive produciendo y devorando individuos: que cuando abandona una ley de vida y no encuentra la nueva que la reemplaza, trabaja, se agita y suda esas gotas de sangre que se llaman revolución: que cuando ha encontrado una nueva fórmula del progreso, se apodera de ella, como el náufrago de la tabla de salvación, apeló á la intervención de las bayonetas extran-

teras para borrar de nuestro Código político los derechos del hombre, cuando aun estaba fresca la tinta que los había escrito; apeló á las bayonetas extranjeras para traernos un trono, como si fuera posible cosechar despotismo en la tierra que contenía en su seno el germen de la democracia, regada con la sangre purísima de los mártires de nuestras libertades.

Los hombres de ese partido, arrancándose los ojos para apagar la luz del sol que los deslumbra, ahogando en su corazón el sentimiento de la Patria, surcan los mares y van á poner en pública subasta nuestra Independencia; agitan los gabinetes europeos con la halagadora idea de una intervención para proteger los intereses de sus súbditos, pidiéndoles una monarquía, como único medio de llegar á tan feliz resultado.

Inglaterra vió en esa intervención el pago de sus créditos: se le representó en lontananza el arreglo de la deuda contraída en Lóndres, y quiso ver si hacía una operación de banca del estado lastimoso en que se encontraba nuestra Patria. España, pagando un tributo á sus envejecidas ideas de dominación colonial, creyó ver en su agonía dominadora, ceñirse la corona de Moctezuma á un vástago de la casa de Borbon. Y Francia, no la Francia de 89, no la Francia de cuyo Sinaí recibieran nuestros reformadores el decálogo de la humanidad, sino la Francia que gemía á los piés del III de los Napoleones, alistaba á un hijo de esa genealogía del sable, para hacerlo árbitro de nuestros destinos. Sonrióle al reyezuelo que la oprimía, la ilusión de presentarse ante el mundo como suplantando la idea monárquica frente á la República de Washington; soñó que la raza latina lo proclamaría algun dia como su salvador y que ataría al carro triunfal

de su omnipotencia, la democracia vencida sobre la tierra en donde había adquirido celebridad épica el pendón victorioso de la libertad.

Sin fijarse en que la propaganda de aquellas ideas nacía de la traición y del despecho, de la hipocresía de las creencias, del agio y del fanatismo; se interpretó como eco de la opinión nacional todo ese coro de imposturas, que como gemidos del Averno llevaron á Europa los buitres hambrientos de la Patria moribunda; y como resultado de tan fatídica embajada, se dió á luz la memorable convención de 31 de Octubre de 1861, que amenazó de muerte nuestra nacionalidad.

Los colosos del mundo arman sus ejércitos, y como una catarata de encendida lava los desencadenan sobre México, para marcar en su frente el estigma de la esclavitud y la abyección. Trasponen los mares, tocan nuestras risueñas playas, y asientan por fin su sacrilega planta en el suelo que su insensato orgullo les hizo ver convertido en peldaño del trono de los modernos Césares.

Allí el furor de nuestro clima los habría sepultado indudablemente; pero este país, siempre generoso y noble, abrió las puertas de sus mejores verjeles y brindó hospitalidad á los que le traían la civilización con el fragor de la metralla y al duro precio de ominosa servidumbre. Al escucharse el grito de angustia que lanzaban unos hombres devorados por esa esfinge que guarda nuestras costas y que desprende sobre ellas su aliento emponzoñado, todo fué olvidado, todo fué cedido. El pueblo mexicano quiso demostrar á sus enemigos con esto, que ante todo sabía respetar los fueros de la humanidad.

Mientras tanto, Doblado, el modesto republicano que había nacido de la zarza de la revolución, como la rosa de

los abrojos, el hábil diplomático que no había frecuentado las cortes extranjeras, con todo el patriotismo que le inspiraba el cumplimiento del deber, arranca de las manos de los aliados los tratados de la Soledad, que fueron el mentís de nuestros detractores, y pusieron en relieve la injusticia de aquella invasión.

España é Inglaterra se retiran de nuestro territorio dejando á la política de Napoleon que asuma ante la Historia la responsabilidad del crimen que intentaba consumir contra la autonomía de México.

Salvando la línea fortificada que la generosa hospitalidad abrió al ejército invasor, avanzan las legiones del déspota francés hácia la capital: corre la nueva en nuestros campos y vuela de uno á otro confin de la República. Todo corazón verdaderamente mexicano se ofrece en sacrificio para la salvación comun; y la Patria, desecha en llanto, bendice primero á sus hijos, que ansiosos corrían á ofrecerle el holocausto de su vida, y despues, valiente, audaz, con la conciencia de su derecho, ordena al mexicano combatir hasta la muerte; como las mujeres de la heroica Esparta, pide á sus hijos no vuelvan sin el despojo del enemigo vencido, ó al menos sobre el escudo que les sirva de ataud.

Y Puebla, la perla del Atoyac, la blanca paloma de los Andes Mexicanos, la de cielo de zafir y régios minarettes; Puebla, la ciudad predilecta del ángel tutelar de las batallas, la predestinada á resolver las grandes cuestiones políticas y sociales de nuestra Patria, fué el campo designado para ese duelo á muerte en que se provocaron la fuerza y el derecho.

Por una aberración del tirano de Francia, se ha apelado al juicio de Dios para decidir entre la Monarquía y

la República; y en la decisión de ese gran problema va envuelta la vida, la autonomía y la honra de la Patria de Hidalgo; pero tú, ¡oh Puebla, siempre grande, siempre heroica! sabrás colocarte á la altura de tu fama legendaria y mostrar al mundo que no impunemente se atenta contra la soberanía é instituciones de un pueblo!

¡Zaragoza! ¡Con qué cariño brota de nuestros lábios este nombre!

Zaragoza, cuerpo de aquella idea que germinaba en el gran cerebro de la República, representado por el inmortal Benito Juárez, iba á ser el representante del derecho en aquel memorable torneo. Hombre nacido del pueblo, alma desarrollada en las tempestades de la Reforma, resuelto como la convicción, firme como el deber, temerario con la temeridad del patriotismo, era Zaragoza la genuina personificación de la Democracia; nadie, á la simple vista, habría admirado en su serena frente la aureola que circunda á los héroes; pero al contemplar la serenidad olímpica con que aconsejaba el cumplimiento del deber; al ver la fe con que llevaba á su pueblo á sostener la causa de la Nación, cualquiera habría adivinado que en aquella alma había algo que se asemejaba al génio, algo como un destello de la gloria.

¡Con razon la República ha unido estos dos nombres en la Historia, PUEBLA y ZARAGOZA!

Brilló por fin la aurora del 5 de Mayo de 62, y con ella las armas del déspota extranjero.

Las que ayer eran chusmas indisciplinadas, hoy son un pueblo que defiende sus derechos, y nada hay que temer: la justicia de los pueblos, es la justicia de Dios. . . .

Abramos un paréntesis sobre los detalles de aquella jornada, cuyo resultado es conocido de todos vosotros:

apartemos la vista de ese campo donde todavía está fresca la sangre de nuestros hermanos, donde todavía repercuten los aires los lamentos de las víctimas, y recojamos esta fecha gloriosa para colocarla en el arca santa de nuestros recuerdos, como un emblema de la justicia que coronó la causa de la Democracia.

¡Venciste, pueblo mexicano! Tú fuiste el primero que sobre los girones de la bandera francesa pusiste tu planta triunfadora, en la corona del prisionero de Sedan! Tú el que después levantaste un cadalso en el Cerro de las Campanas al desventurado hijo de los Habsburgos! Los baluartes de Loreto y Guadalupe serán los monumentos de tu fama, y Zaragoza el astro rey de tu espléndido cielo de caudillos.

Veintitres años han trascurrido desde aquella memorable jornada, en que la Democracia mexicana se hizo pesar en la balanza de las naciones. Diez y ocho hace apenas que la República se sentó victoriosa debajo del estandarte tricolor; y sin embargo, oímos sin cesar de lábios muy cercanos este amargo reproche: que nuestras instituciones no son buenas, porque en el tiempo que llevan de establecidas no han podido sostenerse sin vacilaciones; que han tenido que verter sangre inocente para mantenerse en pié, y que sus partidarios han cometido errores.

Los que así se expresan, desconocen por completo la Historia, desconocen la ciencia, ó son enemigos desleales.

¿Qué son diez y ocho años en la vida política de un pueblo? ¿Hay acaso alguna nación sobre la tierra que haya realizado su ideal político en media centuria siquiera?

¿Nacen por ventura todos los pueblos realizando su ideal? ¿Puede un pueblo dejar de ser una aglomeración

de hombres, y como tal sujeto á los mismos períodos de existencia que éstos?

¿Ha habido alguna idea nueva, por grande, por santa que sea, que no haya tenido mártires, que no se haya empapado en sangre?

¿Pueden los hombres estar alguna vez exentos del error?

Allí esta Grecia, allí está Roma, allí están las naciones cultas de Europa, que respondan. Allí están los Estados- Unidos con su decantado progreso prematuro. Allí está el Cristianismo con su Calvario y con sus mártires... No os engañéis, Señores, no es un sentimiento humanitario el que inspira estas declamaciones, es el rencor á la idea, es la obcecación del despecho.

Los hombres que en 61 engañaron á las cortes europeas para traer á su Patria un Monarca extranjero; aquellos que en 62 se retorcieron de rabia al ver contrariadas sus ilusiones: los que el 19 de Junio de 67 escucharon la sentencia del Dante, son los que trabajan sin descanso por hacer apostatar á ese pueblo, á quien halagan hoy para despreciar mañana; porque descendientes de las razas que se creen privilegiadas, lo consideran todavía como salido de los piés de Brahma. Quieren el poder, esa es su bandera; y lo quieren, porque les asusta la libertad del pueblo, porque les escuece la igualdad social. Armarían, si les fuera dable, ejércitos numerosos para derribar las ideas que los empujan. ¡Insensatos! Armad contra esas ideas todos los ejércitos del mundo, y los ejércitos del mundo serán desarmados; porque las ideas traspasarán los muros de los calabozos, se levantarán de las hogueras que han consumido la sangre de los mártires, y los hombres mas poderosos del mundo no podrán nunca detenerlas.

Muchos de esos hombres, cegados por la pasión política, han convertido la Religión de Jesucristo, toda mansedumbre, toda caridad, por su naturaleza esencialmente espiritualista, en arma de partido, en escudo de toda tiranía, en rémora de todo progreso, en conjuro contra toda libertad; y poco á poco han hecho de la fe cábala, del sentimiento religioso mercancía, de la imprenta delación, de la controversia calumnia, de la caridad cristiana mortal guerra; á la sombra del signo de redención, atizan la matanza, excitan á la guerra civil, se declaran mártires de la religión para acojerse al sentimiento religioso de nuestro pueblo y tienen la osadía de llamarse apóstoles del Crucificado. ¡Blasfemia horrible! El Dios de las infinitas perfecciones, no es la antítesis de la libertad, no es la negación del progreso, ni el Dios de las matanzas; es el Dios que quiere la santificación del trabajo, es el que pide la oración envuelta en el perfume del incienso, no en los vapores de la sangre humana, es el Dios que ha dicho: ¡paz á los hombres en la tierra de buena voluntad! Lo relativamente sabio no puede estar divorciado de la sabiduría misma, lo relativamente libre, de la libertad suma, como la parte no puede dejar de estar comprendida en el todo, como la oscuridad dejar de ser la negación de la luz; y pese á los fermentos, el progreso moral, el progreso científico y el progreso político, serán siempre la eterna revelación de la Divinidad sobre la tierra.

En medio de nuestras desgracias, apesar de los infortunios que nos cercan, somos todavía más afortunados que los hijos de Polonia y de Venecia: tenemos Patria y una Patria hermosa: ella está empapada con la sangre de nuestros padres, con las lágrimas purísimas de nuestras madres, en su seno yacen los seres que nos son sagrados

en la memoria y viven todos los séres que nos son caros al corazón. No perdamos esa Patria por divagar nuestro espíritu en fútil escolasticismo, ni resucitando envejecidos rencores.

Pueblo! toma el libro y lee; frecuenta la escuela y sabrás combatir las ideas con las ideas; porque el error sólo se mata con la verdad; frecuenta la escuela y sabrás darte instituciones sábias y libres; frecuenta la escuela y dejarás de ser el juguete de los ambiciosos. Que no te engañen, Pueblo! tú fuiste el vencedor de Napoleon III, tuya es la gloria del 5 de Mayo y tú quien ha proclamado que esa fecha significa independencia, significa libertad, simboliza Democracia: que ante ese laurel consagrado por la Historia, son imposibles los tiranos, y que México, al recuerdo de sus glorias, se levantará siempre empuñando aquellas armas que hace 23 años llenaron de asombro á la Europa, para defender el ara santa de sus libertades.

—HE DICHO.

*A mi buen amigo y maestro el
señor Presb.º Vicente de S.º Andrade, co-
mo un recuerdo del invariable afec-
to que le profesa*

Nicolás Meléndez

Puebla de Zaragoza Junio 19 del 885.